

Emilio J. Justo, *La salvación. Esbozo de soteriología*, Sígueme, Salamanca 2017, 288 pp.

Podemos alegrarnos de contar por fin con un manual de soteriología de un autor hispano que posea suficiente solvencia para codearse con los que las traducciones nos permiten ofrecer a los alumnos de teología. Sea dada, pues, de antemano la bienvenida a esta obra. El autor ya es conocido por sus estudios sobre la libertad humana y la relevancia soteriológica de la libertad de Cristo.

Nos presenta, como decimos, un manual especialmente bien informado, solvente en la exposición de contenidos y argumentaciones y bien trabado en su arquitectura expositiva. La lectura del mismo permite apreciar claramente sus filiaciones teológicas, tanto en los contenidos como en la forma del planteamiento, mostrándose como discípulo adelantado de Olegario González de Cardedal (a quien está dedicado el libro) y de la corriente de esta forma de teología que define a alguno de sus contemporáneos: sistematización clara de los problemas, conocimiento de la cultura, desarrollo fundamentalmente intra-teológico e intra-ecclesial, eclesialidad, contención de juicios e impregnación germánica. Algunos de estos elementos lo convierten en apropiado para la conformación de una estructura de pensamiento básica que sitúe la problemática y oriente los juicios sobre el tema.

Después de una presentación sobre lo que podría entenderse bajo el término salvación, el autor muestra cómo el tema de la salvación está arraigado estructuralmente como anhelo en la constitución misma del ser humano, es decir, que es una cuestión antropológica central e ineludible. La idea de fondo que el autor sostiene es que “la cuestión de la salvación es razonable y aparece como elemento propio en la realidad y la vida del hombre” (p. 67). En este primer capítulo presenta al hombre como aquél que espera y busca la salvación como felicidad de vida, sobrepasamiento de la muerte (finitud) y liberación del mal. Mientras que en este primer capítulo el autor se mueve en lo que podríamos llamar preámbulos antropológicos, utilizando la antropología moderna y contemporánea, a partir de aquí la obra se concentra en la explicitación teológica de la salvación como realidad dada por Dios, analizando sucesivamente la experiencia creyente de esta salvación (cap. II); su mediación positiva en un salvador, Jesucristo (cap. III); los modelos históricos de su comprensión (cap. IV); y su realidad última (cap. V).

El núcleo de su propuesta es que la salvación se identifica con la misma vida de Dios en cuanto dada en una relación personal. Es en ella donde aparecería la alegría consumada y la superación de toda precariedad. “Cuando los hombres buscan la salvación -dirá el autor- terminan preguntando por Dios; cuando se encuentran con Dios saben lo que es la salvación y la viven como acontecimiento” (p. 274). Esto va a hacer que todo lo histórico cobre relevancia soteriológica únicamente en su forma sacramental, es decir, de representación más o menos ambigua y de aproximación más o menos eficaz de esta relación, ya que “salvación es el don de Dios, en el doble sentido de que Dios ofrece algo enriquecedor y fecundo para el hombre y de que se da él mismo” (p. 223).

Su modelo argumental es sintético, de forma que se tiene la sensación de un imaginario soteriológico cristiano homogéneo, donde las diferentes aproximaciones escriturísticas y teológicas no generaran ninguna tensión entre ellas. De igual manera parece hacer coincidir la pregunta sobre la salvación con la respuesta que a ella da la revelación, sin que parezcan surgir mayores problemas. Esto significa en la práctica que, una vez explicitada la pregunta antropológica, el autor pasa directamente al lenguaje y exposición teológicos sin que exista entre ambos espacios una vinculación lingüística o conexiones argumentales, al menos explícitas. Se está en un ámbito o en otro, dándose por supuesto que la exposición teológica llevaría integrado de suyo transparencia y significatividad soteriológica. Esta es una de las

limitaciones mayores de su propuesta, como la de casi todos los manuales académicos, que muestra la historia y los contenidos de la revelación en un formato y lenguaje demasiado hecho, perdiendo por el camino la densidad de lo histórico fragmentario, oscuro, limitado, secular, relativo, actual... y ofreciendo una síntesis demasiado redonda. El mismo autor dirá en su exposición que en la reflexión soteriológica hay conceptos permanentes, otros deformados y otros que han de ser sustituidos... para que “resulten significativos para la mentalidad actual” (p. 221). Pues bien seguramente no se pueda hacer una división tan clara entre ellos y, de facto, el autor no realiza esta distinción que es lo que realmente termina por presentar una verdadera soteriología en cuanto propuesta pro-vocativa hacia los hombres y mujeres de hoy en día. La ventaja académica es clara, la limitación evangelizadora también.

En este sentido presenta, pese a su primer capítulo, una soteriología demasiado poco culturalmente contextualizada en su forma, lo que hace que todo coincida de forma demasiado natural, como por ejemplo cuando afirma: “cuando los hombres buscan la salvación terminan preguntando por Dios” (p. 274) o “Jesús en la cruz comparte con los pecadores el sentimiento de la lejanía de Dios hasta invocarlo... ¿por qué me has abandonado?” (p. 156). Lo que es un dato teológico que pudiera defenderse teóricamente, hoy por hoy no se puede afirmar que sea una perspectiva antropológica evidente. Por ejemplo: ¿Es Dios hoy evidente como término de algún recorrido?, o ¿cuando Cristo está en la cruz comparte la angustia de los pecadores o de las víctimas para una mirada actual? Se hace necesario, pues, en los planteamientos y el lenguaje teológico, como ya afirmaba hace tiempo Kasper, un necesario *autoexilio*, para volver a encontrar la propia profundidad de verdad que ya no se visibiliza en el lenguaje y en las perspectivas con el que expresamos nuestra fe y su hondura.

Creemos que este manual, que explicita muy bien las verdades dogmáticas de fondo y las formas teológicas de su expresión pasada, adolece además de una impregnación secular, en sus dos acepciones, práxica y no religiosa, que caracterizan hoy a nuestro ámbito cultural. Las formas tradicionales pesan aún demasiado y el diálogo establecido con el mundo se realiza en nuestro ‘campo de juego’, sin apenas exponerse a la puesta en cuestión de casi todos los fundamentos, que aquí se dan por presupuestos: Dios, sentido de la historia o designio global, mediación particular y sacramentalidad,...

En este sentido vemos demasiada Iglesia y poco mundo, haciéndose extraña la ausencia de Lc 6, 20, donde se afirma que la salvación es de los pobres y para ellos, o de Mt 25, 31ss, que define que los salvados serán quienes los acojan sin que exista aquí mediación eclesial aparente. Si algunas propuestas actuales de la salvación se centran en la predicación del Reino de Jesús con una exclusividad a-eclesial o incluso a-teológica que termina por hacerlas insolventes cuando se confrontan con el peso de la estructura de lo real (metafísica), esta parece dejar de lado el tema centrándose en las cuestiones últimas que han configurado el planteamiento teológico clásico, tan últimas, sin embargo, que en algunos casos apenas si logran arrancar la explicación de esa sensación, para la que el hombre actual es especialmente sensible, de estar ante construcción ideológica. Igualmente vemos a un Cristo sin apenas relevancia en la creación en cuanto creación pensada y creada salvíficamente en él y movida por el Espíritu Santo hacia él, incluso más allá de la historia ‘sacramental’ de la salvación (historia de Israel).

La sujeción a las cuestiones teológicas de fondo y a su forma tradicional, se nota con especial evidencia en su lectura de la historia de Cristo donde la presentación de sus misterios casi prescinde de los presupuestos históricos de referencia, quedando estos absorbidos por su posterior lectura teológica. La presentación de los misterios de Cristo se hace tan teológica que no se diferencia muchas veces los niveles de lectura: histórico, narrativo, simbólico, teológico... Si es verdad que la historia hay que leerla desde la fe para entenderla y que la dimensión narrativo-simbólica le es intrínsecamente constitutiva a la historia, la vida salvífica de Cristo no puede ser leída si no es desde la historia concreta, si es que se quiere mantener el

principio de encarnación real y no solo conceptual, y hoy esto es especialmente relevante en la presentación de Jesús como Cristo.

Terminemos diciendo que, más allá de estas matizaciones, el lector podrá encontrar apuntes e incluso respuestas breves a algunas de estas cuestiones que echamos en falta, de forma que no se puede decir que estén ausentes en absoluto, dada la amplitud argumental con la que se tratan los temas. Por eso, más allá de estos *peros* que invitan al autor a continuar y profundizar su itinerario, creemos que la obra es relevante en nuestro ámbito hispano a la hora de reflexionar sobre el tema en el ámbito académico.

F. García Martínez